

1- BREVE HISTÓRICO DE LA VIDA CONSAGRADA¹

INTRODUCCIÓN

La vida consagrada no ha tenido siempre en la Iglesia la forma que le conocemos hoy.² Conoció modalidades muy variadas que han marcado su historia. Este capítulo quiere aclararte la situación para que comprendas mejor lo que vivimos en el Instituto y que puedas situarte en el gran contexto histórico eclesial. En el seno de la Iglesia, la acción del Espíritu se expresa respetando las limitaciones humanas. También, se necesitó siglos para que una gracia transformadora alcanzara su madurez.

Quisiéramos hacer ver aquí este gran movimiento del Espíritu. En la hora en que el Espíritu Santo parece suscitar nuevas formas de consagración evangélica, especialmente la consagración secular, habrá mucho interés y utilidad en seguir los diversos llamados divinos en la vida de la Iglesia. Encontrarás allí criterios de discernimiento para las nuevas experiencias que se viven actualmente. ¿No estamos nosotros mismos profundamente implicados en una de ellas?

Nos es preciso recorrer la experiencia secular de la Iglesia por etapas cronológicas y ver cómo el Espíritu ha suscitado, al capricho de los acontecimientos y al juego de las mentalidades, algunos ímpetus de fe y de caridad que se han expresado en la consagración a Dios particularmente hoy, en una consagración secular.

1. LOS COMIENZOS DE LA IGLESIA

Siglos I – IV

Todo comienza con el nacimiento de la Iglesia el día de Pentecostés. El Espíritu Santo invade al grupo de los discípulos reunidos con María alrededor de Pedro. Se produce una explosión de gracia, es el lanzamiento de la Iglesia hacia lo amplio y el estallido del Don divino en una profusión de formas de vida, de las cuales una, muy rica, va a expresarse en la consagración a Dios para el Reino.

¹ Inspirado de Theo : *nueva enciclopedia católica*, Paris, Droguet-Ardant-Fayard, c1989.

² N.D.L.R. Consultar el capítulo II de esta guía para una definición más profunda de la vida consagrada en la Iglesia.

El acontecimiento de Pentecostés realiza plenamente la oración de Jesús: « *Y por ellos me consagro a mí mismo, para que ellos también sean consagrados...* » (Jn 17,19) Por el don del Espíritu Santo, Jesús resucitado consagra, santifica a los discípulos. La vida consagrada, es la vida misma del Resucitado en aquellos y aquellas que, sumergidos(as) en su Pascua por el bautismo, viven intensamente de su Espíritu. Se le dice *consagrado* a aquel que acepta servir a Dios, darse a Él y pertenecerle.

Después de este lanzamiento de la Iglesia y a medida que ella se estructura, se ven aparecer algunos individuos o grupos que quieren vivir el don total de sí para el Reino en una consagración más o menos oficial a Dios.

Esta forma original sobrentiende un modo de inserción y de presencia dinámica en la sociedad circundante que se asemeja extrañamente a lo que quieren vivir hoy los institutos seculares y los otros grupos de vida consagrada secular. Ella comporta una dimensión ampliamente comunitaria o familiar y expresa el compromiso cristiano en una *función profética* que impresiona por su eficacia espiritual, sobre todo en las líneas de la evangelización y del testimonio. *Se puede decir que una persona consagrada es una respuesta de Dios al mundo de su tiempo.*

Desde los principios de la Iglesia, vemos a cristianos y cristianas optar por el celibato. Es el nacimiento del grupo de las vírgenes consagradas.

Después de estos comienzos muy sencillos donde la consagración se vivía como una experiencia doméstica, poco a poco se diseña un movimiento de retiro del mundo hacia el desierto: es el comienzo del movimiento eremítico (los ermitaños) De la misma manera que Jesús en el desierto, se quiere pelearse solo con el adversario de la salvación para vencerlo en su propio terreno, para morir a sí mismo y resucitar con Cristo.

A estas personas así comprometidas en el seguimiento de Cristo, *ascetismo doméstico o eremítico*, se sugiere un ritmo de vida lleno de la búsqueda de Dios: silencio, meditación de la Palabra de Dios, oración de los salmos y trabajo para subvenir a sus propias necesidades. Esta forma de vida disminuye en el curso de los siglos, en provecho de la vida comunitaria, pero no desaparece jamás totalmente.

Si hay funciones diferentes y una vida cada vez más organizada en las comunidades cristianas, todos los creyentes no forman, sin embargo, sino una categoría de miembros: los fieles, los santos o los cristianos. O, si se utiliza un vocabulario mucho más tardío para designar a aquellos que forman el pueblo de Dios, se hablará para estos comienzos de *clérigos o laicos* como si todos fueran laicos (de *laikos*, miembros del pueblo)

Es esta dimensión fundamental del *pueblo santo* que fue reconocida y afirmada en la constitución dogmática sobre la Iglesia, *Lumen Gentium*.

2. EL PERÍODO MONÁSTICO

El siglo IV

Este siglo IV cristiano es de una excepcional magnitud. Después de la conversión del emperador Constantino en 313, el edicto de Milán pone fin a las grandes persecuciones contra los cristianos. Pero sobre todo, algunos hombres de genio marcan la historia del cristianismo de esta época, quienes van a orientar por largo tiempo el pensamiento y la vida práctica de los cristianos. Es una especie de edad de oro de la vida de la Iglesia. Concilios ecuménicos, Padres de la Iglesia, Padres del desierto se suceden y se completan para formar una floración de vida cristiana hasta entonces desconocida, al menos bajo la forma que toma de aquí en adelante. No se podrá ya jamás hablar de la fe cristiana sin referirse a los acontecimientos y a los escritos de este tiempo.

En este siglo, para vivir la consagración, *el llamado por Dios abandona el mundo y los suyos, no sueña ya con adquirir nada en este mundo y consagra su vida totalmente a Dios por una consagración de todo su ser, pensamiento, afecto, fuerza y proyecto, al Dios que se descubrió a él*. Así los cristianos que se consagran a Dios, por la calidad de su existencia, llegan a ser hombres y mujeres del Reino. Eso es lo que va a ocasionar la abundancia multiforme del monaquismo.

Al comienzo, no se trata sino de ermitaños solitarios o de colonias de *ermitaños*. Iba a llegar el momento en que *los solitarios se agruparían en el interior de un mismo recinto bajo la autoridad de uno de ellos*. Así iban a nacer los monasterios, forma comunitaria de la vida eremítica.

Los siglos V y VI

El primer iniciador de la vida monástica es San Antonio, en 365, reconocido como el *« padre de los monjes »* Él arrastra tras de sí al desierto a un verdadero pueblo de hermanos. Sin embargo fue San Pacomio, en 346, quien se constituyó en el primer padre legislador. Su regla monástica influirá casi todos los grupos semejantes después de él. San Basilio (en 365), San Cesario de Arles (en 529), San Benito (en el mismo período) padre de los benedictinos, se inspiraron en él.

Siglos VII - XI

En el plano de la historia humana, tanto política, como eclesiástica, algunas equivocaciones desafortunadas produjeron la ruptura de las relaciones entre el Oriente (la Iglesia griega) y el Occidente (la Iglesia latina) Por otra parte, las numerosas invasiones de los bárbaros que invaden Europa por oleadas sucesivas, van a arruinar las últimas fortalezas del imperio romano y los vestigios de una civilización agonizante.

En este decorado apocalíptico va a nacer, bajo la dirección hábil y firme de obispos y monjes, una nueva civilización que va a formar la cristiandad de Occidente. *Mientras que en Oriente el monaquismo se vive en el desierto, en Occidente los monjes asumen cada vez más un papel civilizador y cultural que se añade al de la evangelización.* En torno a las abadías van a agruparse los pueblos y en torno a los monasterios las escuelas.

La regla benedictina fue una llave de oro para el monaquismo de Occidente; ella será allí el único texto legislativo determinante de toda la vida consagrada, tanto para los hombres como para las mujeres, *hasta la aparición de las órdenes mendicantes en el siglo XI.* Los rasgos fundamentales de esta forma de vida consagrada son los siguientes: *una esencial igualdad entre los monjes* que permite únicamente el ascendiente espiritual de los sabios y maestros, *una superioridad numérica del laicado,* solamente algunos sacerdotes para el servicio del monasterio, *la independencia de las comunidades,* las cuales mantienen entre ellas un vínculo de comunión, *la existencia de la clausura, la prioridad concedida a la contemplación y al trabajo manual.* Con esta regla, nos encontramos en una vida religiosa característica donde *los monjes son siempre laicos, pero están cada vez más asociados a los clérigos.*

Así, en la gran subida de fervor cristiano que desencadena el acercamiento del año 1000, el camino de perfección trazado llega a ser la entrada en el monasterio. En tal contexto, los laicos cristianos no monjes se creen en posición de inferioridad en cuanto a la santidad cristiana que se funda, no obstante, en su bautismo. Así, la vida monástica marca la vida de la Iglesia y la vida social en Occidente durante unos siglos.

Sin embargo, las enormes riquezas y el poder político del monaquismo ponen en peligro la fe y la tendencia hacia la perfección evangélica. Surgen entonces de su seno reformadores notables: reforma de Cluny (909), de Cister (S. Bernardo), de los Camaldulenses, de los Cartujos, de Valombreuse, y al final la reforma gregoriana. Gracias a estos verdaderos héroes de Dios, la vida monástica encuentra de nuevo su aliento primitivo. El clero mismo es restaurado según el modelo de los monjes. La sociedad es totalmente tomada por su cuenta por la Iglesia que inspira con autoridad todas sus estructuras.

3. LAS ÓRDENES MENDICANTES

Siglos XI – XV

En el siglo XI, el poder de los monjes y de los clérigos en Occidente es ampliamente predominante y la sociedad occidental está encerrada en una armadura rígida: el orden es impuesto como la expansión, en el mundo visible, de la sociedad celeste. Fijeza de las instituciones, firmeza de las decisiones y dureza en su aplicación: tal aparecía esta sociedad poco flexible que se gloriaba fácilmente de su perfección.

La subida de los laicos en la Iglesia

Enseguida se levanta, entre los laicos apoyados por algunos clérigos, un movimiento de impugnación del poder, de la riqueza y de la depravación de los grandes monasterios. Son los períodos evangélicos con san Norberto, san Francisco de Asís, santo Domingo y también Valdez. Es el comienzo de la época de las órdenes mendicantes.

Nacen entonces fraternidades formadas únicamente por laicos viviendo fuera de las instituciones establecidas y se dan como regla, el Evangelio, como modo de vida, la pobreza y la fraternidad, y como directivas, la escucha del Espíritu Santo. Su misión consiste en la predicación y el ejemplo de una vida por completo sometida al Evangelio. Asistimos entonces al despuntar de numerosos movimientos religiosos populares donde algunos laicos participan de manera activa en la reforma de la Iglesia y en las grandes conmociones religiosas que sacuden la cristiandad, provocando así un despertar religioso que marcará toda la fisonomía de la Iglesia de este tiempo: los predicadores itinerantes, los humillados, los penitentes, los begardos y beguinas.

Los humillados

Los humillados de Lonbardía son ciudadanos que, al mismo tiempo que permanecen en sus hogares con sus familias, han escogido cierta forma de vida religiosa: se abstienen de mentiras y de procesos, se contentan con un vestido sencillo y se comprometen a luchar por la fe católica. El carácter específico de los humillados consiste en su modo de vida y en la importancia que dan al trabajo. Muchos de los que entran allí son casados. Algunos de ellos se acercan formando como un vecindario mientras que otros permanecen en sus casas.

Los begardos y las beguinas

Los begardos y las beguinas de los Países Bajos se sitúan en la mitad del camino entre la vida laica y la vida monástica. En estos hogares de espiritualidad y en torno a espirituales famosos se reúne, bastante regularmente, gente de todas las condiciones y de todos los medios: hombres, mujeres, monjes, sacerdotes seculares, y laicos.

Es preciso notar que, los begardos y las beguinas son los únicos de estos movimientos que se obstinarán para seguir siendo asociaciones laicas y conservarán hasta hoy este estatuto original. Los otros aceptarán llegar a ser una orden y conservarán un vínculo espiritual con algunos laicos – es el origen de las terceras órdenes (laicos afiliados a una orden religiosa) – o abandonarán la Iglesia y llegarán a ser herejes. La mayoría de los beguinajes han desaparecido poco a poco. Hoy en día, siempre existen los beguinajes de Gante y de Brujas, testigos aún de un pasado del cual podemos sentir nostalgia. El de Brujas evoca aún la vida de mujeres que escogen el silencio y la paz

Los mendicantes

La venida de los mendicantes se enorgullece de un laico penitente famoso, san Francisco de Asís. Estos penitentes se llaman menores, porque en ellos la humildad y la simplicidad se unen a la alegría del pobre y del pequeño de este mundo. Este impulso se inscribe en la perspectiva penitencial de la época. Está centrado en la conversión evangélica y su proyecto global se apoya en el modelo apostólico y en el de las primeras comunidades eclesiales nacidas de Pentecostés.

Los miembros de esta organización religiosa se comprometen a vivir intensamente las exigencias de la fraternidad: la pobreza, caminar para mendigar y evangelizar, la oración asidua en comunión entre ellos y con el pueblo, el servicio a los hermanos, y el testimonio evangélico en el mundo.

La reacción de la jerarquía

Para muchos clérigos, parecía escandaloso que los laicos pudieran, sin renunciar a su estado, llevar una existencia religiosa y dar un testimonio evangélico. En cuanto a las autoridades religiosas, les causaban dificultad en los siguientes puntos: predicar sin tener la formación clerical, tanto más que su predicación no podía abstenerse de ser crítica de la falta de pobreza de las autoridades y que su audiencia era muy amplia; tener un estatuto equívoco: son laicos pero arriesgan ser considerados como clérigos sin tener la formación intelectual.

La autoridad eclesiástica obliga a los miembros de estos grupos a integrarse en una orden religiosa y prohíbe la predicación a los que rehusen entrar en una orden. El Concilio de Lyon sanciona esta orientación prohibiendo toda nueva fundación.

Afortunadamente, el Papa Inocencio III comprende que este movimiento corresponde a una necesidad profunda de los laicos: expresar, en cuanto laicos, su fe en el Evangelio. Él sospecha que al lado de la enseñanza magistral, hay lugar para otra cosa que es el hecho de todo cristiano: el testimonio. Favorece, pues, la posibilidad de vivir esta vida evangélica e incluso predicar en público con la condición de obtener el acuerdo del obispo.

Este reconocimiento es importante porque afirma que el laicado es compatible con la vida religiosa; que uno puede santificarse sin hacerse monje; que la vida cristiana no está ligada a la virginidad y al respeto de la clausura y que ella puede muy bien conciliarse con toda situación humana.

Un nuevo perfil de vida consagrada va a despejarse del modelo mendicante y estructurarse para aceptar el doble desafío de las herejías nacientes y del llamado misionero. Las órdenes mendicantes franciscana y dominica modifican el rostro de la Iglesia del siglo XIII en plena conformidad con el espíritu de renovación que anima a los dirigentes de la Iglesia desde el siglo XI. Tienen como característica común, tender hacia un apostolado en pleno corazón de la sociedad de su tiempo. Pero para poder comunicar de manera eficaz en el seno de la nueva sociedad, necesitan de una sólida formación intelectual. Vemos entonces aparecer en el seno de estas órdenes muchos profesores y teólogos de los cuales los más célebres entre los dominicos son Alberto Magno y Tomás de Aquino y, entre los franciscanos son Buenaventura y Duns Scot.

4. LOS GRUPOS APOSTÓLICOS

Siglos XVI - XX

La coyuntura histórica de los siglos XVI - XX abre los ojos de los occidentales sobre nuevas regiones; el descubrimiento, sobre todo de América, estimula las energías y los ánimos. Al mismo tiempo lanza dos nuevos desafíos a los creyentes. El primero consiste en contrarrestar el movimiento reformador protestante y el segundo consiste en responder a llamados nuevos brotados de regiones nuevamente abiertas a la evangelización. Es la época del Concilio de Trento (1545-1563).